

EL DILUVIO

DIARIO REPUBLICANO

Año LXXI.—Núm. 282 Barcelona — Domingo, 25 de noviembre de 1928 — 10 céntimos

Redacción y Administración: ESCUDILLERS BLANCS, 3 bis, Tel. 10522. Anuncios y suscripciones, PLAZA REAL, 7. Tel. 16738.
SUSCRIPCIÓN: Barcelona, 2 pts. mes; fuera, 2'50 pts. mes; Portugal, América Filipinas, 8'50 trimestre. Países Unión postal, 18 pesetas trimestre; demás países, 25 pts. trimestre.

EL BARATO

SECCION DE CALZADO

ACTUALMENTE

QUINCENA DE ZAPATILLAS

Gran variedad de modelos — Precios sin competencia

ZAPATILLAS

para señora, en paño colores, el par, a 1'70 ptas.

ZAPATILLAS

para señora, paño colores, suela fieltro, el par, a 3'50 ptas.



Zapatos señora, en piel antilope color meteor, adornos charol fantasia, iguales al grabado, el par, Ptas. 23'75



Zapatos caballero, en piel americana color moda, corte novedad, forma ancha iguales al grabado, el par, Ptas. 24'75



Zapatos señora, de fino taflete, color marrón y caña, iguales al grabado, el par, Ptas. 19'50



Zapatos señora, en piel naco colores beig y tabaco, con adornos fantasia, iguales al grabado, el par, Ptas. 16'75



Zapatos caballero, corte charleston, en charol negro, iguales al grabado, el par, Ptas. 12'75



Zapatos señora, en piel naco color beig y marrón, puntera 'vega', medio tacón, par, Ptas. 16'25

Alpens, Cabrinetty y mi abuelo Hermann Sudermann

Acabo de pasar breves horas en el pequeño pueblo de Alpens, que, no obstante sus escasos quinientos habitantes, va modernizándose y progresando paulatinamente merced a la honrada administración de sus autoridades, a la laboriosidad de sus moradores y a la atrayente simpatía que saben despertar en toda persona que posa su planta en él, redundando y traduciéndose tan bellas cualidades en beneficiosas reformas para el común de vecinos, que sorprenden y admiran al viajero, como el alumbrado público, el abastecimiento de aguas potables, la Casa Consistorial con las escuelas, las dos fábricas de telares mecánicos, el hermoso casino-teatro, las construcciones de nueva planta de estilo arquitectónico más en armonía con nuestra época y otras mejoras importantes.

Fué Alpens la cuna de mi madre y de mis abuelos maternos, en la que éstos dejaron un pequeño patrimonio, y, como cada vez que voy a verlo, no he sabido tampoco esta ausentarme de la población sin antes visitar el lugar donde cayó traidora y mortalmente herido el heroico brigadier don José Cabrinetty durante la última guerra civil. Me atrae hacia allí el recuerdo de un hecho ignorado a que dió motivo la muerte del pundonoso militar, del que fueron principales protagonistas antepasados míos, según he oído relatar cientos de veces, como se verá por la narración que del mismo voy a hacer.

Por aquellos tiempos mi abuelo materno, Juan Godeol Rosell, era el maestro de instrucción de Santa María de Besora. El Ayuntamiento le debía nueve meses de sueldo o retribuciones, y el entonces alcalde del pueblo, creyendo sin duda que deshaciéndose de mi abuelo sería deshacerse de la carga, le denunció como peligroso liberal al cabezalla carlista Xic de Sallent, quien, a pesar de conocer a mi abuelo por servicios particulares que éste le había prestado graciosamente, mandó detenerle y dispuso su fusilamiento. Afortunadamente, la noticia corrió como reguero de pólvora entre el vecindario y llegó a oídos del párroco del lugar, mosén Antón, que estaba algo delicado, mientras le visitaban el médico de San Quirico de Besora, señor Picart, y el de Torelló, señor Parés. Los tres hicieron llamar al jefe facineroso y le presionaron fuertemente hasta lograr que desistiera de la consumación de lo que ellos consideraban, y en realidad lo hubiera sido, más que una injusticia, un crimen, como tantos se cometieron, pues tenían del señor Godeol el concepto de un perfecto caballero, incapaz de hacer daño a nadie, a pesar de profesar las ideas más adelantadas de aquella época. Para los tres señores que le salvaron la vida a cambio de la expulsión, que no pudieron evitar, se guarda en el seno de mi familia un recuerdo de eterna gratitud.

Expulsado de Besora, refugióse mi abuelo en esta libérrima villa de Ripoll, donde un cuñado suyo, conocido por Xiscu de las Voltas, tenía establecido un comercio de vinos, y dedicóse a la enseñanza particular o privada.

Así pasó una temporada, gozando de relativa calma y tranquilidad, que le vino a turbar la noticia del fuego de Alpens con la muerte de Cabrinetty, por el que sentía gran admiración. Disgustado por ello e intranquilo por la suerte que pudieran haber corrido su madre y hermanos, cuyo único varón, José, desempeñada accidentalmente la Alcaldía de Alpens por ausencia del propietario, no se da sosiego y, decidido, zude presto al teatro del sangriento y funesto choque. Encuentra salvos a sus deudos, pero a la población, en general, consternada.

Observa cómo el comandante de armas carlistas luce, profanándolo, el ros que usara el brigadier Cabrinetty; oye distintos relatos y versiones del desarrollo del combate, incluso de oficiales del ejército que le revelan su filiación alfonsina; descripciones de incidencias aisladas, de hazañas, sustos y peligros, de la saña con que los carlistas remataban a los soldados heridos, de burlas y profanaciones de cadáveres; le hacen, en fin, la pintura de un cuadro tético que le lacera el alma y le despierta sentimientos de justa indignación.

Energico como él solo, al par que reflexivo, se sobrepone a las emociones que le produjeron tantas impresiones recibidas a un tiempo y pregunta en qué forma y condiciones ha sido enterrado el bizarro brigadier. Le contestan que intentaron hacerle distinción, pero que los carlistas lo impidieron, motivo por el cual no hubo más remedio que enterrarle en montón con los demás muertos en la gran zanja abierta en el cementerio, situado al lado de la iglesia.

Esto le contraría, y como está convencido de que no se concederá al pueblo de Alpens el honor de guardar los restos del heroico militar, sino que serán reclamados para darle sepultura más digna, entiende que es necesario ponerlos inmediatamente en buena disposición para cuando se presente el caso, porque de esperar el momento preciso tal vez fuera difícil o imposible. Y traza su plan. Aconseja al alcalde, su hermano, que mande construir urgentemente una caja, por sencilla que sea, efectuado lo cual los dos, con el carpintero, el sepulturero y no sé si alguien más, a altas horas de la noche, temerariamente, con exposición de su vida, pues que en la población todavía hay fuerzas carlistas, se dirigen al cementerio, y envueltos y protegidos por las tinieblas, sin más luz que el tenue fulgor de las estrellas, silenciosos, hasta contentiendo el aliento, excavan la macabra fosa común, revuelven con respeto tierras y cadáveres empapados en sangre, hasta dar con el del ilustre caudillo; le exhuman, lavan su cara y sus manos, cepillan sus ropas, mi abuelo, con su propio peine, le arregla el cabello, el bigote y la perilla y, cuando están persuadidos de que de su cuerpo ha desaparecido toda huella o vestigio de su ciedad, le depositan en el improvisado ataúd y le dan solemne sepultura provisional en un hoyo aislado abierto al efecto. Luego, cautelosamente, con el mismo sigilo, evitando todo ruido que pudiera delatarles, regresan a sus hogares y respiran por fin libremente, a sus anchas, con la satisfacción de haber podido dar a su alma apenada el consuelo de enterrar con la posible decencia, cuando menos, a su ídolo, cual correspondía a su jerarquía, ya que no era factible lo propio con los soldados, y salvando a la primera autoridad civil del pueblo de una responsabilidad a costa de un peligro mucho mayor.

Efectivamente; tal como había previsto un abuelo, el cadáver del valeroso Cabrinetty fué reclamado a los pocos días y trasladado a Barcelona para recibir sepultura definitiva, habiendo podido concurrir mi abuelo al entierro, ahuyentado de la montaña por nuevas y recientes amenazas de muerte. Y en la ciudad condal permaneció hasta terminada la guerra, formando parte de la camarilla de los Riera de Ripoll, Tarré, Rodá y Pujol de San Juan de las Abadesas y otros perseguidos que se refugiaron en la hospitalaria ciudad y se reunían en el antiguo café Baldrich, de la calle de la Princesa, e hicieron populares las estrofas de "Els funerals dels carlins" y otras canciones compuestas por el mencionado Pujol.

La popularidad de Sudermann, fallecido el 21 del actual en Berlín, como autor dramático traspasó las fronteras de su patria, extendiéndose por todos los ámbitos del mundo. Había nacido en Matricken (Prusia Oriental) el 30 de septiembre de 1857. Contaba, pues, en la actualidad setenta i un años. Descendía de una antigua familia de menonitas holandesas. A los diez y ocho años empezó los estudios de Historia, Literatura y Filosofía modernas en la Universidad de Königsber, pasando después a continuar dichos estudios a la de Berlín.

A los veintidós años, ganado por una entusiasta vocación, decidió entregarse por completo a la literatura. Durante algún tiempo perteneció a la Redacción de un periódico, actividad que alternaba con lecciones en casa del poeta Hopfen. Por aquella época compuso una serie de cuentos y unos cuantos dramas que no llegaron a ser representados.

Su primer éxito teatral lo consiguió de modo extraordinario, con su drama "Ehre" (1888), en el que exponía los procedimientos naturalistas tradicionales y en boga. Este éxito destacó la labor de Sudermann como autor de cuentos y novelas. Sin embargo, Sudermann dedicó al teatro lo más ardiente e intenso de su tarea poética. Escribió cerca de un centenar de obras dramáticas, muchas de las cuales recorrieron el mundo entero. En España tenemos "Magda" — en la que tan feliz creación nos diera el malogrado Tallaví —, "El hogar", "El rincón de la dicha", "Batalla de mariposas", "El fin de Sodoma", "El bajo y el principal", etc., etc.

Sudermann es el autor dramático alemán contemporáneo más popular fuera de su patria (entre nosotros, mucho más que Hauptman; traducido y muy leído, pero poco representado). Sin abdicar de las tradiciones peculiares de su país, supo unir a la profundidad y trascendencia propias del arte y la literatura del Norte algunas de las características del genio latino. El patetismo psicológico de sus dramas, el proceso realista de los problemas en ellos planteados, hicieron de este autor uno de los más asequibles.

Ha muerto Sudermann cuando aún podía dar a la escena nuevos y exquisitos frutos de su inteligencia, la fortaleza de su técnica y la humanidad de sus criaturas dramáticas.

La muerte de Cabrinetty dió nombre al pueblo de Alpens con la mala fama de que habían sido sus habitantes los que le asesinaron a mansalva, cuando lo cierto es que salvaron muchas vidas de soldados desbandados y que una falsa manobra del ala derecha de la columna del brigadier dió lugar a que los carlistas pudieran escurrirse por aquel lado y tirarle por la espalda.

Sobre el pétreo piso de la hoy calle del Graell de Alpens existe labrada una tosca cruz señalando y recordando el lugar donde encontró la muerte el infortunado Cabrinetty y ante ella he pensado muchas veces que Alpens podría vindicarse de la fea mancha con que se mancha su nombre, erigiendo un sencillo monumento o simplemente dedicando una lápida que explique cómo fué muerto el abnegado salvador de la villa de Pulgordá, integérrimo paladín y defensor de la libertad y la democracia.

JUAN BASAGANA.

(Ripoll.)

Gran Sastrería del Padró

Plaza del Padró, núm.

Trajes y abrigos confeccionados a la última moda a PRECIOS ECONOMICOS:
 Vea Vd. el gabán de clase superior a 40 ptas.
 Trajes estambre para niño desde 15 "
 desde 50 "